

FIESTA DE LA TRANSFIGURACIÓN. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 17,1-9.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron, blancos como la luz.

Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

-Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

-Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y tocándolos les dijo:

-Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

-No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

JESÚS LUZ PARA EL MUNDO

El Evangelio de hoy, festividad de la Transfiguración del Señor, nos presenta la narración de un acontecimiento de gran importancia para comprender la vida cristiana. Se trata de la **«Transfiguración de Jesús»**. Jesús se lleva aparte a tres apóstoles: Pedro, Santiago y Juan y sube con ellos a un monte alto. Allí ocurre este hecho singular: el rostro de Jesús **«se pone brillante como el sol y sus vestidos se vuelven blancos como la luz»**. De esta manera Jesús hace resplandecer en su misma persona la gloria divina que **«se podía percibir con la fe en su predicación y en sus gestos milagrosos»**. Y la transfiguración es acompañada, en el monte, con la aparición de Moisés y de Elías, **«que conversaban con Él»**.

La **«luminosidad»** es lo que caracteriza este evento y simboliza el objetivo que persigue: **«iluminar las mentes y los corazones de los discípulos»**, para que puedan comprender claramente **«quién es su Maestro»**. Un destello de luz que se muestra **«de improviso»** sobre el misterio de Jesús e ilumina toda su persona y toda su vida.

Hasta entonces los discípulos habían conocido a Jesús en su apariencia externa, un hombre no distinto a los demás, de quien conocían su procedencia, sus costumbres, su tono de voz... **«Ahora conocen a otro Jesús»**, al verdadero Jesús, al que no se consigue ver con los ojos de todos los días, a la luz normal del sol, sino que es **«fruto de una revelación imprevista»**, de un don **«sólo perceptible con los ojos de una fe total en Él»**.

Y para que las cosas cambien, también para nosotros, como cambiaron a aquellos discípulos en el Tabor, es necesario que suceda en nuestra vida **«algo semejante»** a lo que le ocurre a un chico o a una chica cuando se enamoran. En el enamoramiento el otro, el amado, que antes era uno de tantos, o tal vez un desconocido, de improviso se convierte en único, **«el único que importa en el mundo»**.

Sucede una auténtica **«transfiguración»**. A la persona amada se le contempla **«como en un halo luminoso»**. Todo parece bello en el amado, hasta los defectos. Acaso se siente indignidad hacia esa persona.

El amor verdadero **«genera humildad»** y llega a cambiar hasta los hábitos de vida de quien se enamora ¿Qué ha ocurrido? Nada reseñable. Simplemente que lo que antes se hacía por obligación ahora se hace **«por atracción»**. Y la atracción es capaz de hacer cosas que ninguna obligación logra. La atracción **«pone alas a los pies»**

Algo por el estilo nos debería suceder en la vida para ser verdaderos cristianos, **«convencidos y gozosos»** se serlo. Alguno podría objetar: ¡Pero a la chica o al chico se le ve, se le toca! La respuesta es fácil: **«también a Jesús se le ve y se le toca»**, pero **con otros ojos y con otras manos, con los del corazón y la fe». Jesús está resucitado, está vivo. Para quien ha tenido esta experiencia y este conocimiento, Jesús es un ser concreto, no una abstracción. Más aún, «con Jesús las cosas van mejor»**

En el enamoramiento humano hay un cierto engaño cuando se atribuyen al amado cualidades de las que tal vez carece. Una realidad ficticia que el tiempo se encargará desmontar. Sin embargo, este no es el caso de Jesús pues, **«cuanto más se le conoce y más se está a su lado»**, más se descubren nuevos motivos para estar enamorados de Él y seguros de su elección.



No se trata de esperar ningún flechazo, pero **«¡para enamorarse hay que relacionarse!»** Y si uno está convencido, o sencillamente, **«comienza a pensar que tal vez conocer a Jesús puede merecer la pena**, entonces es aconsejable que empiece a **«frecuentarlo»**, a leer sus escritos. **«¡Sus cartas de amor son el Evangelio!»** Es ahí donde Jesús se revela, donde **«se transfigura»**. **«Su casa es la Iglesia»**. Es ahí donde se le encuentra.

¿Quién no ha gozado alguna vez contemplando el horizonte desde lo alto de una montaña? Son momentos privilegiados en los que la **«belleza»** de lo creado oxigena el cuerpo y el espíritu. Nos sentimos transfigurados. Es un estar en la gloria, como si convergieran en uno lo humano y lo divino. Pero todos sabemos también que, un día u otro, tenemos que **«descender al valle»** para encontrarnos con nosotros mismos en el duro bregar de cada jornada. Es **«cuando puede aflorar el desánimo y la tristeza»**, como ocurrió a los discípulos ante el inesperado anuncio de la pasión.

Es en esos momentos más delicados cuando hemos de rumiar en toda su profundidad esta bella escena evangélica, en la que toda **«la simbología que arroja el relato nos remite a la escucha de la Palabra de Dios, revelada en Jesús glorificado»**. Su destino de muerte no es más que un camino hacia la gloria que les manifiesta anticipadamente a los suyos. Esa es **«la luz que ilumina el horizonte cristiano y que nutre la auténtica esperanza»**. ¡Que así sea!